









Diez Cuentos de Terror



Primera edición en REINO DE CORDELIA, marzo de 2016

Títulos originales: *Berenice* (1835), *Ligeia* (1838), *The Fall of the House of Usher* (1839),
The Masque of the Red Death (1842), *The Pit and the Pendulum* (1842), *The Tell-Tale Heart* (1843),
The Black Cat (1843), *The Premature Burial* (1844), *The Facts in the Case of Mr. Valdemar* (1845)
y *The Cask of Amontillado* (1846)

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S. L.
Avda. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

© Ilustraciones de María Espejo, 2017

© Traducción de Susana Carral Martínez, 2015
© Edición, selección y prólogo de Luis Alberto de Cuenca y Prado, 2016

IBIC: FKC
ISBN: 978-84-15973-90-4
Depósito legal: M-4632-2017

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Sigráfica
Impreso de la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diez Cuentos de Terror

Edgar Allan Poe

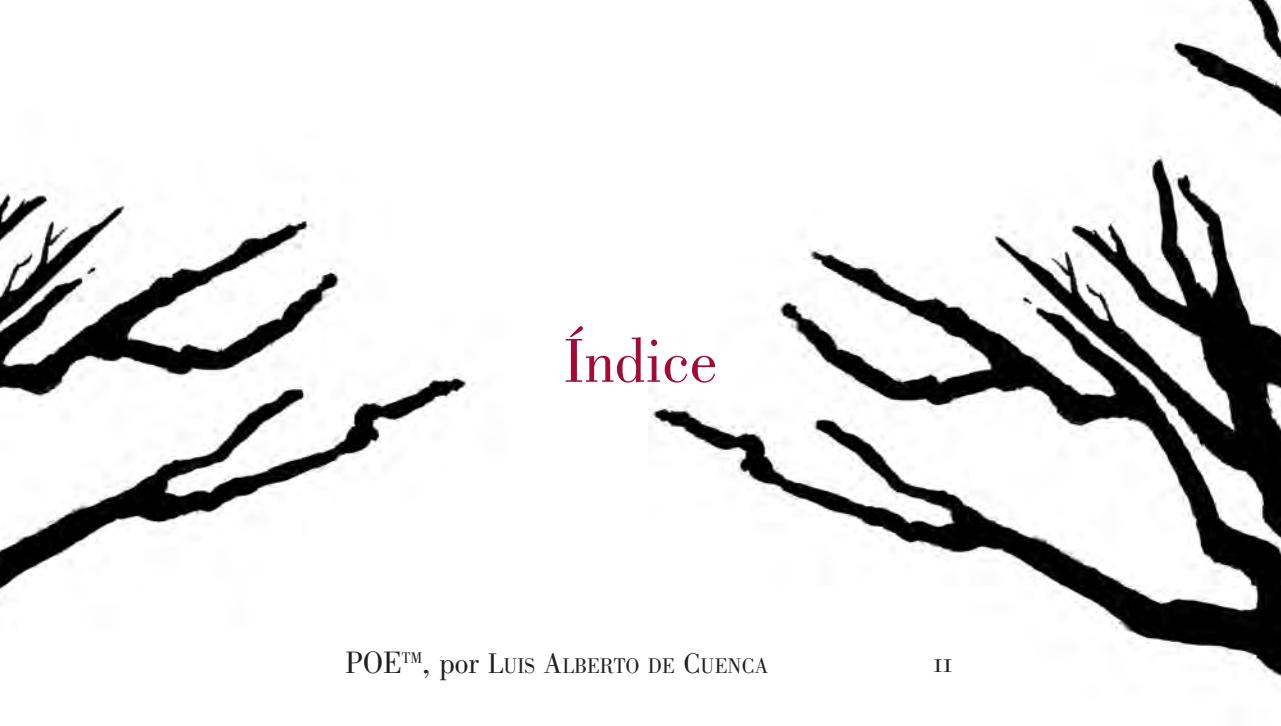
Ilustraciones de María Espejo

Traducción de Susana Carral

Edición, selección y prólogo de Luis Alberto de Cuenca







Índice

POE™, por LUIS ALBERTO DE CUENCA	II
DIEZ CUENTOS DE TERROR 15	
1 Berenice	19
2 Ligeia	37
3 La caída de la casa Usher	65
4 La máscara de la Muerte Roja	97
5 El pozo y el péndulo	III
6 El corazón delator	139
7 El gato negro	153
8 El entierro prematuro	171
9 La verdad sobre el caso del Sr. Valdemar	197
10 El barril de amontillado	215



Luis Alberto de Cuenca

Instituto de Lenguas y Culturas del Mediterráneo y Oriente Próximo
(CCHS, CSIC)



N UNA EDITORIAL como Reino de Cordelia, que tanto se interesa por las letras fantásticas universales, tenía que figurar un autor como Edgar Allan Poe (1809-1849), tan crucial en el desarrollo y conformación de ese tipo de literatura y, en general, de todos los tipos de literatura posteriores. Durante toda una tarde, Jesús Egido, director y propietario de Reino de Cordelia, y el que suscribe estuvimos dándole vueltas al modo en que deberíamos llevar a cabo la incorporación de Poe al catálogo de la editorial. Siguiendo el procedimiento —tan querido por mi amigo Garcí— de hacer listas limitadas a diez ítems de los temas más variopintos (las mejores películas del género *noir*, las mejores novelas de aventuras, los mejores cantares de gesta, los mejores tebeos españoles de posguerra, etc.), se nos ocurrió recurrir a esa fórmula y escoger los diez mejores relatos fantaterroríficos del escritor bostoniano, para lo cual anduvimos en arduas negociaciones sobre la necesidad de incluir tal o cual título a lo largo de varias horas. Por fin se hizo la luz y decidimos dar cobijo en nuestra antología a los siguientes —formida-

bles, únicos e irrepetibles— relatos: *Berenice*, *Ligeia*, *La caída de la casa Usher*, *La máscara de la Muerte Roja*, *El pozo y el péndulo*, *El corazón delator*, *El gato negro*, *El entierro prematuro*, *La verdad sobre el caso del señor Valdemar* y *El barril de amontillado*.

Luego estaba el tema de la traducción. Es sabido que el gran Cortázar trasladó a un español inmaculado la obra completa en prosa del escritor norteamericano. Fue, por así decirlo, nuestro Baudelaire, ya que este, entre 1856 y 1865, dio a las prensas una celeberrima versión en francés de la producción narrativa y ensayística de Poe, instalando definitivamente al autor de *Ligeia* en la logia mayor de las letras mundiales. Los franceses han sido siempre decisivos a la hora de difundir la obra de un autor a través de su traducción a la lengua de Montaigne. Pasó con Hoffmann, traducido por Loëve-Veimars en los años treinta del siglo XIX, con Poe y Baudelaire después, y hasta más recientemente con Borges, que empezó a adquirir fama mundial a partir de sus traducciones al francés y del número de la célebre revista *Les cahiers de l'Herne* que le fue consagrado en 1964. Pues bien, con Poe y Cortázar ha pasado algo parecido, solo que, en este caso, en el área lingüística hispánica. Hasta la traducción de Cortázar las versiones de Poe al castellano habían partido, en su mayoría, de la versión francesa de Baudelaire, lo que da una idea de la tremenda dependencia de lo francés que ha tenido la cultura española hasta hace un par de décadas, en que hemos pasado a depender, con armas y bagajes, del ámbito cultural anglosajón. Hemos, pues, cambiado de dueño, pero no hemos conseguido ser

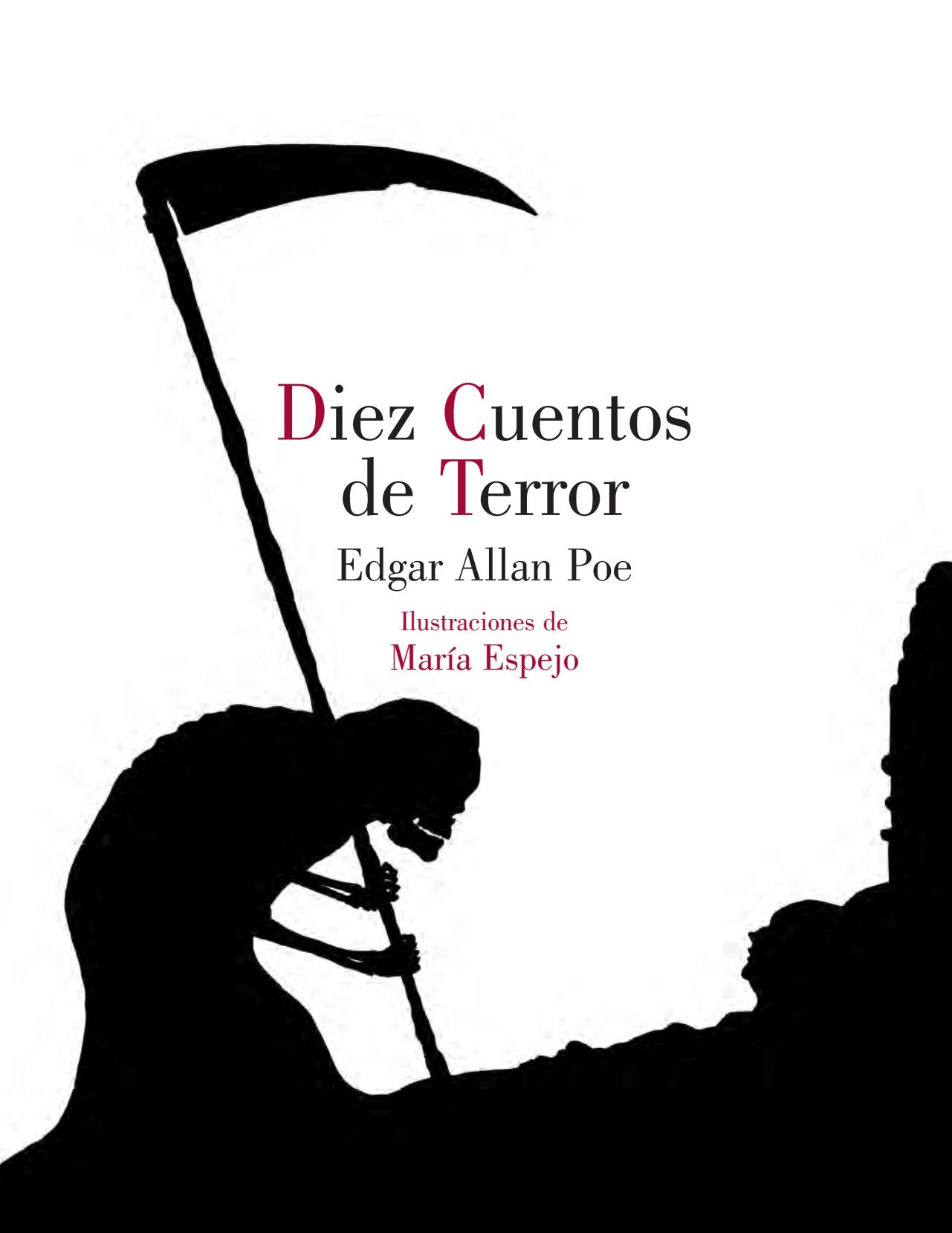
libres; el miedo a la libertad fue una expresión que acuñó Fromm pensando en los españoles.

Como la pulquérrima traducción de Cortázar nos parecía demasiado cortazariana y bastante alejada del original, pensamos en una excelente traductora española, Susana Carral, para acometer la tarea de trasladar al castellano las diez joyas, arriba citadas, del *sanctasanctorum* de Poe. Y estamos muy contentos con el resultado de nuestro encargo. Quienes se acerquen por vez primera a la narrativa del viejo Edgar pueden tener la seguridad de que la versión de Susana conecta de la forma más fide digna posible con el original inglés, y que leerla es compartir amigable sobremesa con el autor de *Berenice*, uno de los diez o doce escritores más importantes de todos los tiempos. Leer a Poe es una de las operaciones espirituales más intensas y sobrecededoras que existen. Algo así como mezclar en coctelera la obra pictórica de Friedrich con la de Füssli y la de Böcklin y bebérsela de un solo trago. Seguro que hay en música, como en pintura, paralelismos semejantes, pero no se me ocurren ahora mismo. En literatura habría que pensar en la *Ilíada* de Homero o en *Las flores del mal* de Baudelaire como experiencias de lectura parangonables.

Que Poe fue un borracho, y hasta una especie de psicópata, no lo discute nadie. Pero hay que recordar que la literatura se sitúa siempre al margen de la moral. Pueden escribirla extraordinarios hombres ordinarios como Cervantes o Shakespeare, niños mimados por la sociedad de su época como Sófocles o Voltaire, buenísimas personas como Robert Louis Stevenson o

auténticos despropósitos humanos como Edgar Allan Poe (quien, entre otras lindezas, defendía la muerte de la mujer joven y bella como el espectáculo más grandioso de la estética universal). Pasen, amigos, a esta selección de los diez mejores cuentos de Poe traducidos por Susana Carral, y divírtanse como enanos, como caníbales en celo, leyendo el libro que comienza donde terminan estas líneas. La entrada al Parque de Atracciones POE™ no tiene fecha de caducidad. Mientras el hombre lea, leerá al autor de *El cuervo* (aunque no sé decirles, la verdad, cuánto durará eso).

Madrid, 15 de noviembre de 2016



Diez Cuentos de Terror

Edgar Allan Poe

Ilustraciones de
María Espejo

A mi hermano Ignacio,
que siendo niño escondía mis dibujos
entre sus tesoros más preciados.

M. ESPEJO





I. Berenice

*Dicebant mihi sodales, si sepulchrum amicae visitarem,
curas meas aliquantulum fore levatas.¹*

EBN ZAIAT



A TRIESTEZA ES MÚLTIPLE. La desdicha de la tierra es multiforme. Va más allá del vasto horizonte, como el arcoíris; sus tonalidades resultan igual de variadas y nítidas, aunque se funden con la misma intensidad. ¡Va más allá del vasto horizonte, como el arcoíris! ¿Cómo es posible que de la belleza haya obtenido fealdad y de la promesa de paz un símil del dolor? Pero, según ocurre con la ética, el mal es consecuencia del bien, de manera que la pena nace de la alegría. El recuerdo de la dicha pasada produce la angustia presente o la agonía que ahora es tiene su origen en el éxtasis que podría haber sido.

¹ «Mis compañeros me decían que, si visitaba la tumba de mi amada, / podría encontrar algún alivio a mi tristeza». (Todas las notas son de la traductora).

Mi nombre de pila es Egaeus; no mencionaré mi apellido. Sin embargo diré que no existen torres en este mundo más antiguas que las oscuras y grises de mi ancestral casa solariega. Nuestro linaje ha sido considerado una estirpe de visionarios y en muchos detalles insólitos se aprecian pruebas más que suficientes para justificar semejante creencia: en la naturaleza de la mansión familiar, los frescos del salón principal, las tapicerías de los dormitorios, las tallas de los contrafuertes de la armería, pero sobre todo en la galería de óleos antiguos, el estilo de la estancia que alberga la biblioteca y, por último, en el peculiar contenido de dicha biblioteca.

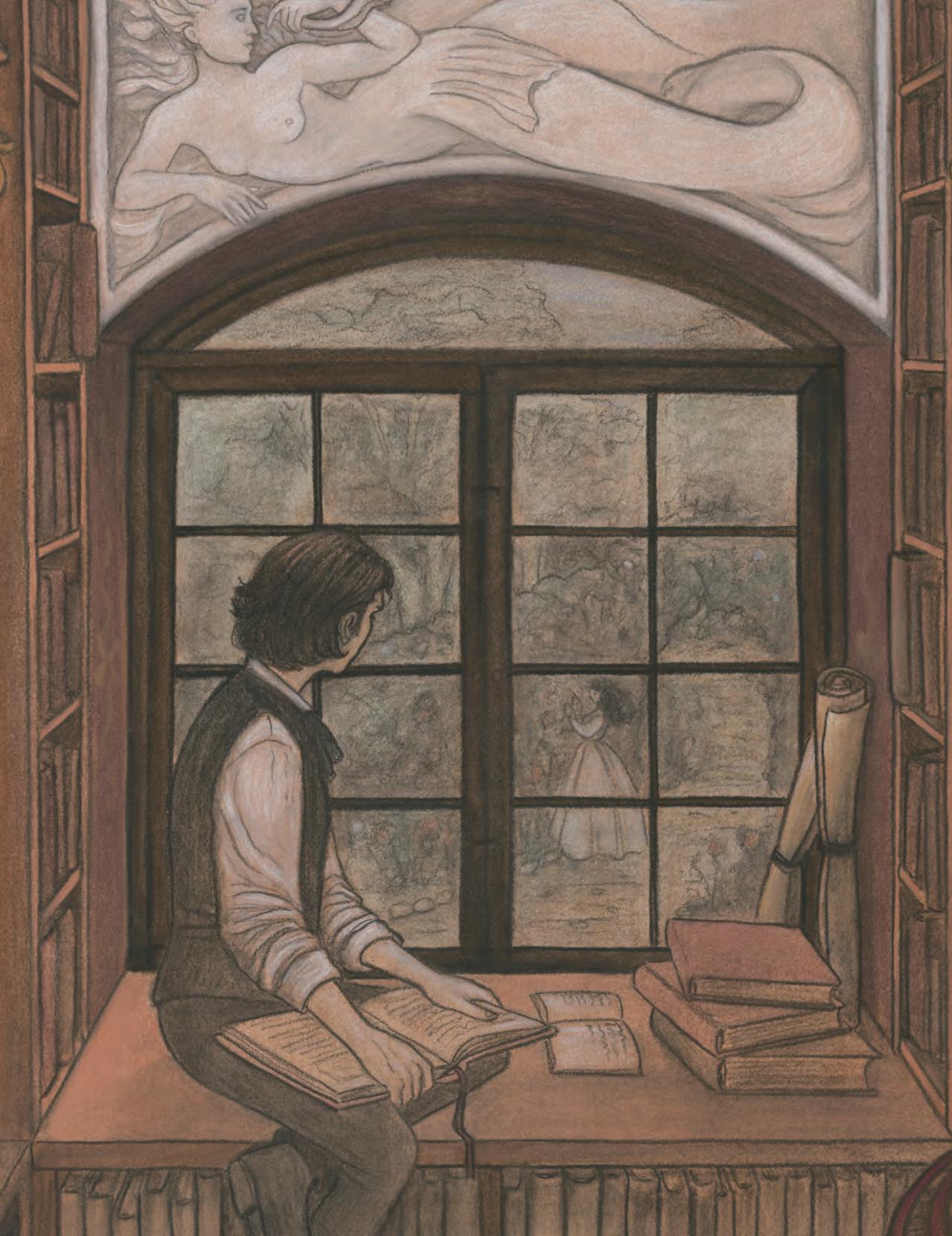
Los recuerdos de mis primeros años están relacionados con esa estancia y con sus volúmenes, sobre los que no diré nada más. En ella falleció mi madre. En ella nací yo. Resulta insustancial decir que no había vivido antes, que el alma no disfruta de una existencia previa. ¿Lo niegan? No discutamos. Estando yo convencido, no busco convencer a los demás. Sin embargo, conservo un recuerdo de formas aéreas, de ojos espirituales y llenos de intención, de sonidos musicales y tristes a la vez; un recuerdo que no quiere desaparecer; una reminiscencia como una sombra: borrosa, variable, indefinida, inestable; también parecida a una sombra porque no podrá librarme de ella mientras exista la luz de mi razón.

Nací en esa estancia. Desperté de la prolongada noche que parecía inexistencia —aunque no lo era— a un país de ensueño, a un palacio de la imaginación, a los extraños dominios del pensamiento monástico y la erudición. No es de extrañar que

mirase a mi alrededor con ojos sorprendidos y fervientes, que perdiése mi niñez entre libros y derrochase mi juventud en ensorñaciones; pero sí resulta excepcional —al transcurrir los años y llegar a la madurez habitando aún en la mansión de mis padres— el estancamiento que sufrió la fuente de mi vida, la rotunda inversión que tuvo lugar incluso en el más común de mis pensamientos. Las realidades del mundo me afectaban como si fuesen visiones y no otra cosa, mientras que las ideas descabelladas del mundo de los sueños se convirtieron a su vez no en lo esencial de mi existencia diaria, sino en esa propia existencia.



BERENICE Y YO éramos primos y crecimos juntos en la mansión paterna. Sin embargo, lo hicimos de forma distinta: yo con mala salud y sumido en el abatimiento; ella ágil, airosa y rebosante de energía. Ella dedicada a pasear por las laderas de las montañas, yo a los estudios propios del claustro. Yo encerrado en mí mismo, entregado en cuerpo y alma a la meditación más intensa y dolorosa; ella deambulando por la vida sin preocupaciones, sin pensar en las sombras que se cernían sobre su camino ni en el vuelo silencioso de las horas oscuras como ala de cuervo. ¡Berenice! Invoco su nombre —¡Berenice!— y desde las grises ruinas de la memoria mil recuerdos tumultuosos despiertan al oírlo. ¡Ah, con qué intensidad veo su imagen ante mí, como en los primeros días de su alegría y su júbilo! ¡Qué belle-





za tan magnífica y formidable! ¡Oh, sílfide entre los arbustos de Arnheim! ¡Oh, náyade entre sus fuentes! Sin embargo, todo es misterio y terror, y un cuento que no debería contarse. La enfermedad, una enfermedad mortal, se abalanzó como un simún sobre su cuerpo y, mientras yo la observaba sin descanso, el espíritu del cambio la invadió, impregnando sus opiniones, sus costumbres, su carácter y, de una forma sutil y espantosa, llegó incluso a alterar la identidad de su persona. ¡Ay, la destrucción llegó y se fue! ¿Y la víctima? ¿Dónde está? Ya no la conocía... o ya no la reconocía como a mi Berenice.

Entre la larga serie de enfermedades sobreñadidas a la principal, que efectuó una revolución tan horrorosa en los principios y el ser físico de mi prima, la más angustiosa y de carácter pertinaz era una especie de epilep-



sia que en no pocas ocasiones terminaba en trance —un trance que casi parecía auténtico libertinaje—, del que solía recuperarse casi siempre de una forma sorprendentemente repentina. Al mismo tiempo mi propia enfermedad —pues me han dicho que no debo llamarla de otro modo— se iba apoderando de mí rápidamente, para acabar asumiendo un carácter monomaníaco novedoso y extraordinario que ganaba en intensidad por horas y minutos y que terminó por dominarme de una forma incomprensible. Esta monomanía —si debo llamarla así— consistía en una irritabilidad malsana de aquellas propiedades de la mente que la ciencia metafísica denomina «de atención». Es muy probable que no se me entienda, pero me temo que no resulta posible comunicar a la mente del lector no especializado una idea adecuada de esa «intensidad de interés» nerviosa con la que, en mi caso, la capacidad de meditación (por no emplear tecnicismos) se entretenía y enfascaba durante la contemplación de incluso los objetos más normales del universo.

Reflexionar incansable durante muchas horas, con la atención concentrada en algún recurso frívolo presente en el margen o en la tipografía de un libro; permanecer durante casi todo un día de verano absorto en una singular sombra que caía de soslayo sobre la tapicería o el suelo; pasar una noche entera observando ensimismado la llama constante de una lámpara o las brasas de la lumbre; soñar despierto durante días debido al perfume de una flor; repetir de forma monótona una palabra normal y corriente hasta que el sonido, a fuerza de reiterarlo, dejaba de transmitir a la mente todo tipo de idea; perder la sensa-

ción de movimiento o de existencia física por medio de una inactividad corporal absoluta en la que perseveraba obstinado durante mucho tiempo: esos eran algunos de los caprichos más comunes y menos perniciosos provocados por un estado de las facultades mentales que, aunque sí tenía precedentes, desde luego desafiaba cualquier tipo de análisis o explicación.

Pero que nadie me malinterprete. Esa atención excesiva, ferviente y malsana provocada por objetos de naturaleza frívola no debe confundirse con la tendencia a meditar común a todos los seres humanos y a la que se entregan en especial las personas de imaginación ardiente. Ni siquiera se trataba, como podría parecer al principio, de un estado excepcional ni de la exageración de dicha tendencia, sino que era algo fundamental y esencialmente distinto. En ese caso el soñador o entusiasta, al interesarse por un objeto que no suele ser frívolo, imperceptiblemente pierde de vista dicho objeto entre la infinidad de deducciones y sugerencias que emanan de él hasta que, al concluir su ensoñación —a menudo repleta de lujo—, descubre el *incitamentum* o causa primera de sus reflexiones, olvidado y totalmente invisible para él. En mi caso, el objeto primario siempre resultaba frívolo, aunque a través de mi mirada enferma asumía una importancia refractada e irreal. Realizaba escasas deducciones —o ninguna— y las pocas que surgían siempre tenían como centro al objeto original. Las reflexiones nunca eran agradables y al término de mi ensoñación la causa primera, en lugar de esfumarse de mi vista, había despertado ese interés inexplicablemente exagerado que constituía el rasgo dominante de la enfermedad. Resu-

mido en pocas palabras: en mi caso las facultades mentales que más ejercitaba eran las de atención, como ya he dicho antes, pero quien sueña despierto utiliza las especulativas.

En esa época mis libros, aunque en realidad no servían para empeorar la dolencia, como se verá participaban en gran medida, debido a su naturaleza imaginativa e intrascendente, de las cualidades propias de la enfermedad. Entre otros, recuerdo bien el tratado del noble italiano Celio Secundo Curión, *De amplitudine beati regni Dei*; la gran obra de San Agustín, *La ciudad de Dios*, y la de Tertuliano, *De carne Christi*, de la que la frase *mortuus est Dei filius; credibile est quia ineptum est: et sepultus resurrexit; certum est quia impossibile est*² ocupó todo mi tiempo durante muchas semanas de arduas investigaciones infructuosas.

Parecerá que, desequilibrada solo por las cosas triviales, mi razón se asemejaba a aquel islote marino del que hablaba Ptolomeo Hefestión y que resistía con firmeza los ataques de la violencia humana y la furia aún más devastadora de las aguas y los vientos, pero temblaba ante el roce del asfódelo. Y aunque al pensador descuidado pueda parecerle indudable que la alteración producida en el estado moral de Berenice por su desgraciada enfermedad me proporcionaría muchos objetos para el ejercicio de tan intensa y anómala meditación, cuya naturaleza me ha costado explicar, lo cierto es que su infortunio me dolía y me tomaba muy a pecho el hundimiento total de su vida apacible y

² «El Hijo de Dios ha muerto, es creíble porque es absurdo; una vez sepultado, resucitó, es cierto porque es imposible».

moderada, por lo que solía meditar amargamente sobre los medios milagrosos capaces de provocar un giro tan extraño y repentino. Pero dichas reflexiones no compartían las peculiaridades de mi enfermedad y eran como las que en iguales circunstancias se le habría pasado por la cabeza a la mayoría de la humanidad. Fiel a su propio carácter, mi trastorno se deleitaba con los cambios menos importantes aunque más sorprendentes provocados en el cuerpo físico de Berenice, con la singular y más espantosa deformación de su identidad personal.

Estoy seguro de que nunca la amé durante los días más promisorios de su belleza sin igual. Dentro de la extraña anomalía de mi existencia, mis sentimientos nunca procedían del corazón y mis pasiones siempre emanaban de la mente. A través del gris de la madrugada, entre las sombras enrejadas del bosque al mediodía y el silencio de mi biblioteca por la noche, ella había revoloteado ante mis ojos y yo la había visto no como la Berenice que vivía y respiraba, sino como la Berenice de un sueño; no como un ser terrenal, mundano, sino como la abstracción de dicho ser; no como algo para admirar, sino para analizar; no como objeto digno de amor, sino como el tema de la especulación más absurda e inconexa. Pero después... después me estremecía en su presencia y la palidez se apoderaba de mí cuando ella se acercaba; sin embargo, como lamentaba amargamente su declive y desolación, recordé que me había amado durante mucho tiempo y, en un momento fatídico, le hablé de matrimonio.

Con el paso del tiempo se acercaba ya el momento de nuestras nupcias cuando, una tarde de invierno de uno de esos días

anormalmente cálidos, tranquilos y neblinosos para la época del año que permiten criar a la hermosa Alcíone, me encontraba sentado a solas, o eso creía yo, en la estancia interna de la biblioteca. Pero al levantar la mirada vi que Berenice se hallaba de pie frente a mí.

¿Fue mi imaginación alterada, la influencia neblinosa del ambiente, la vacilante penumbra de la cámara o las colgaduras grises que rodeaban su figura lo que me llevó a percibir su silueta como algo impreciso y confuso? No lo sé. No dijó ni una palabra y yo no fui capaz de emitir ni una sola sílaba. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, una sensación de ansiedad insopportable me atormentaba, una curiosidad absorbente impregnaba mi alma y, recostándome en la silla, permanecí un tiempo inmóvil, casi sin respirar, con los ojos clavados en ella. ¡Ay! Su delgadez extrema resultaba excesiva y ni un solo vestigio de su ser anterior se escondía en las líneas de su contorno. Mi apremiante mirada se detuvo al fin en su rostro.

La amplia frente estaba muy pálida y excepcionalmente plácida. El cabello, que había sido como el azabache, la cubría en parte y eclipsaba los huecos de las sienes con innumerables tirabuzones que ahora eran de un amarillo intenso y desentonaban, discordantes por su carácter irreal, con la melancolía que imperaba en el semblante. Los ojos no tenían vida, parecían apagados, sin pupila, y el miedo me hizo pasar involuntariamente de su mirada vidriosa a la contemplación de los labios delgados y contraídos. En ese momento se abrieron y, en una sonrisa de extraño significado, los dientes de la Berenice transformada fueron



quedando lentamente al descubierto. ¡Ojalá nunca los hubiera visto o, de haberlos visto, ojalá me hubiese muerto enseguida!



EL RUIDO DE UNA PUERTA al cerrarse me distrajo y cuando volví a mirar descubrí que mi prima había abandonado la estancia. ¡Pero, ay! Aquel espectro blanco y espantoso de los dientes no había abandonado mi mente trastornada y me resultaba imposible ahuyentarlo. Ni una mota en su superficie, ni una sombra en el esmalte, ni una muesca en su filo quedaron sin grabar en mi memoria, a pesar de la brevedad de su sonrisa. Los veía incluso con más claridad que en el primer momento. ¡Los dientes! ¡Los dientes! Estaban aquí, allí, por todas partes, visible y palpablemente frente a mí; largos, estrechos y excesivamente blancos, con los pálidos labios retorcidos de dolor, como si fuese aquél el momento exacto de su transformación. Entonces cayó sobre mí el frenesí absoluto de mi monomanía y luché en vano contra su influencia extraña e irresistible. A pesar de la enorme cantidad de objetos presentes en el mundo exterior, yo solo era capaz de pensar en los dientes. Los deseaba con un afán desenfrenado. Los demás asuntos e intereses diversos quedaban asimilados a su contemplación. Para el ojo de la mente solo ellos existían y, debido a su exclusiva individualidad, se convirtieron en la esencia de mi vida mental. Los veía fuera cual

fuese la luz. Los buscaba fuera cual fuese mi ánimo. Analizaba sus características. Me afligía por sus peculiaridades. Reflexionaba acerca de su estructura. Cavilaba sobre la alteración de su naturaleza. Temblaba al atribuirles en mi imaginación una capacidad sensible y sensitiva e incluso, sin la ayuda de los labios, la facultad de expresión moral. De *mademoiselle Sallé* se decía: *que tous ses pas etaient des sentiments*³, y de Berenice yo creía muy seriamente *que toutes ses dents étaient des idées*. *Des idées!*⁴ ¡Ah! ¡Esa fue la reflexión estúpida que me destruyó! *Des idées!* ¡Ah, por eso los codiciaba enloquecidamente! Creía que solo al poseerlos podría recuperar la paz, tras devolverme la razón.

Así me sorprendió el final de la tarde, luego llegaron las tinieblas —que se demoraron y se fueron— y volvió a amanecer. La oscuridad de una segunda noche me rodeaba ya y yo continuaba sentado e inmóvil en aquella estancia solitaria, enfascado en mis reflexiones, aún bajo la espantosa tiranía del espectro de los dientes, ya que flotaba entre las luces y las sombras cambiantes de la habitación con la más vívida y atroz claridad. Con el tiempo, mi ensoñación se vio interrumpida por un grito que expresaba horror y consternación al que siguió, tras una pausa, el sonido de unas voces preocupadas, mezclado con gemidos de pena o dolor. Me levanté de mi asiento y, al abrir las puertas de la biblioteca, me topé con una de las criadas de pie en la antecámara, lloran-

³ «Que todos sus pasos eran sentimientos». Marie Sallé (1707-1756) fue una bailarina y coreógrafa de ballet francesa muy conocida en su época.

⁴ «Que todos sus dientes eran ideas».

do, quien me dijo que Berenice estaba... ¡ya no estaba! De madrugada había sido presa de la epilepsia y, al acercarse la noche, la tumba aguardaba a su inquilina y todos los preparativos para el entierro habían sido llevados a cabo.



ME ENCONTRÉ SENTADO en la biblioteca, otra vez en soledad. Al parecer me había despertado de nuevo tras un sueño confuso y sobrecogedor. Era medianoche y sabía que Berenice estaba enterrada desde la puesta de sol. Pero de ese deprimente período intermedio no conservaba un discernimiento claro y concluyente. Sin embargo lo recordaba lleno de horror, de un espanto más espantoso aún por su imprecisión, de un terror más terrorífico por su ambigüedad. Constituía una página turbadora en la historia de mi existencia, llena de recuerdos ininteligibles, atroces y borrosos. En vano me esforcé por descifrarlos mientras, de vez en cuando, como el espíritu de un sonido difunto, me parecía oír el alarido estridente y penetrante de una voz femenina. Había realizado una hazaña, pero ¿cuál? Me hice la pregunta en voz alta y el eco de la cámara me respondió: «¿Cuál?».

A mi lado, sobre la mesa, había una lámpara encendida y junto a ella una cajita. Nada en ella llamaba la atención y yo la había visto con frecuencia porque pertenecía al médico de la familia, pero ¿cómo había llegado hasta allí, por qué estaba sobre

mi mesa y por qué me estremecía al mirarla? No había forma alguna de explicar todo eso y mis ojos acabaron por posarse sobre las páginas de un libro abierto y sobre una de sus frases, subrayada. Se trataba de las palabras sencillas y a la vez excepcionales del poeta Ebn Zaiat: *Dicebant mihi sodales, si sepulchrum amicae visitarem, curas meas aliquantulum fore levatas*⁵. Entonces ¿por qué, al leerlas con detenimiento, se me pusieron los pelos de punta y se me congeló la sangre en las venas?

Alguien llamó con suavidad a la puerta de la biblioteca y, pálido como quien ya está en la tumba, un lacayo entró de puntillas. Parecía loco de miedo y me habló con voz trémula, áspera y muy baja. ¿Qué decía? Oí frases entrecortadas. Hablaba de un grito violento que había perturbado el silencio nocturno, de cómo se habían reunido todos los habitantes de la casa para discernir de dónde procedía aquel grito... Luego su voz se tornó impresionantemente clara al describir una tumba profanada, un cuerpo desfigurado y amortajado pero que aún respiraba, aún palpitante... ¡aún vivo!

Señaló mi indumentaria embarrada y cubierta de sangre seca. No hablé y él tomó mi mano con delicadeza: me mostró las marcas dejadas en ella por unas uñas humanas. Llamó mi atención hacia un objeto apoyado contra la pared. Lo miré durante unos minutos: era una pala. Dejé escapar un alarido, me lancé hacia la mesa y agarré la caja que descansaba sobre ella. Pero fui incapaz de abrirla. Temblaba tanto que se me escapó de las manos,

⁵ Véase nota 1: «Mis compañeros me decían que, si visitaba la tumba de mi amada, / podría encontrar algín alivio a mi tristeza».



cayó al suelo con fuerza y se rompió en pedazos. De su interior, produciendo una especie de castañeteo, salieron rodando varios instrumentos odontológicos, mezclados con treinta y dos entidades pequeñas, blancas y parecidas al marfil, que se dispersaron por el suelo. ✕



2. Ligeia

Allí yace la voluntad, que no ha muerto. ¿Quién conoce los misterios de la voluntad, teniendo en cuenta su fuerza? Pues Dios no es más que una voluntad enorme capaz de impregnar todas las cosas debido a su empeño. El hombre no cede ante los ángeles, tampoco por completo ante la muerte, excepto por la fragilidad de su débil voluntad.

JOSEPH GLANVILL

POR MÁS QUE QUIERA, no soy capaz de recordar cómo, cuándo ni dónde exactamente vi por primera vez a la dama Ligeia. Han transcurrido muchos años desde entonces y mi memoria se ha debilitado por lo mucho que he sufrido. O quizás no pueda ahora recuperar esos detalles porque en verdad el carácter de mi amada, su extraña erudición, su hermosura excepcional y serena a la vez, y la apasionante y cautivadora elocuencia

de su forma de hablar grave y musical se abrieron camino hacia mi corazón a un ritmo tan constante y furtivamente progresivo que pasaron para mí inadvertidos, sin que fuera consciente de ellos. Aunque creo que la vi por primera vez, y luego con mayor frecuencia, en una gran ciudad antigua y decadente cercana al Rin. Sin duda la oí hablar de su familia, cuyo origen se remontaba a tiempos inmemoriales. ¡Ligeia! ¡Ligeia! Enfrascado en unos estudios cuya naturaleza se adapta sobre todo a atenuar las impresiones del mundo exterior, esa dulce palabra —Ligeia— es lo único que me ayuda a recuperar en mi imaginación la imagen de quien ya no existe. Ahora, mientras escribo, se me ocurre que nunca he sabido el apellido paterno de quien fue mi amiga y prometida, que se convirtió en compañera de estudios y luego en mi esposa del alma. ¿Habrá sido una responsabilidad impuesta en broma por mi Ligeia? ¿O el hecho de que yo no pre-guntase al respecto constituiría una prueba de la fuerza de mi afecto? ¿O más bien se trató de un capricho mío, de una ofrenda exageradamente romántica en honor de la devoción más apa-sionada? Recuerdo el hecho de forma imprecisa, ¿qué importa que haya olvidado por completo las circunstancias que lo origi-naron o acompañaron? Y ciertamente, si ese espíritu al que lla-man Romance, si alguna vez la tenue Ashtophet de alas vapor-o-sas del Egipto idólatra gobernó, según dicen, los matrimonios aciagos, sin duda lo hizo con el mío.

Sin embargo, hay un asunto muy querido en el que la memo-ria no me falla. Se trata de la persona de Ligeia. Era de estatu-ra elevada, esbelta y, al final de sus días, llegó a estar esquelé-

tica. En vano intentaría describir la majestuosidad, la sosegada calma de su porte o la incomprensible ligereza y elasticidad de sus pisadas. Llegaba y se iba como una sombra. Nunca me percataba de que había entrado en mi estudio si no era por la adorable música de su voz dulce y grave, que sonaba a la vez que posaba su mano de mármol sobre mi hombro. La belleza de su rostro no encontraba igual en el de ninguna otra doncella. Era el esplendor de un sueño provocado por el opio, una imagen etérea y estimulante, más divina que las fantasías que rodeaban las almas durmientes de las hijas de Delos. Pero sus rasgos no respondían a ese patrón al que equivocadamente nos han enseñado a rendir culto en las obras clásicas del paganismo. «No existe la belleza exquisita sin alguna anomalía en la proporción», afirma Francis Bacon, Lord Verulam, al hablar con sinceridad sobre las formas y géneros de la belleza. Sin embargo, a pesar de ver que los rasgos de Ligeia no compartían la uniformidad clásica, aunque me di cuenta de que su encanto resultaba exquisito y percibí que la anomalía los impregnaba, he intentado en vano detectar su irregularidad y comprender en qué consistía. Examiné el contorno de la frente noble y pálida: no tenía fallo alguno. ¡Qué fría resulta esa palabra cuando se aplica a una majestuosidad tan sublime! La piel como el marfil más puro, la imponente extensión y quietud, la suave prominencia de las zonas sobre las sienes; y la exuberante cabellera de rizos naturales, lustrosa y negra como ala de cuervo, que expresaba toda la fuerza del epíteto homérico «jacintino». Observé la delicada silueta de la nariz y en ningún sitio, excepto en los elegantes medallones

nes de los hebreos, aprecié una perfección igual. Allí estaban la misma suavidad suntuosa de la superficie, la misma tendencia aguileña, ligeramente perceptible, y la misma curva armoniosa de los orificios nasales, que transmitían su libertad de espíritu. Contemplé su dulce boca. Era el triunfo de todo lo divino: la magnífica curvatura del labio superior; la suave y voluptuosa turgencia del inferior; los hoyuelos juguetones y el color que todo lo decía; los dientes, de una luminosidad casi deslumbrante, devolvían cada rayo de luz que caía sobre ellos en una sonrisa serena, sosegada y radiante. Estudié la forma de la barbilla y también descubrí en ella la delicadeza de su anchura, la suavidad y el esplendor, la plenitud y la espiritualidad de los griegos: el perfil que el dios Apolo reveló en un sueño a Cleómenes, el hijo del ateniense. Luego miré los enormes ojos de Ligeia.

En la remota antigüedad no existen modelos para los ojos. También pudiera ser que en los ojos de mi amada se encontrase el secreto al que alude Lord Verulam. Creo que eran mucho más grandes de lo normal entre la raza humana. Eran más grandes que los de las gacelas de la tribu del valle de Nourjahad. Sin embargo dicha peculiaridad solo se apreciaba plenamente en ocasiones, en los momentos de intensa emoción. Entonces su belleza era —o quizá mi exaltada fantasía me lo hacía ver así— la de los seres que están por encima de este mundo o no pertenecen a él, la belleza de las legendarias huríes de los turcos. Los iris eran del negro más brillante y sobre ellos se extendían las pestañas de azabache. Las cejas, de contorno ligeramente irregular, poseían el mismo tono. Sin embargo, la anomalía que detec-

té en los ojos no tenía relación con la forma, el color o el brillo de sus rasgos y debe atribuirse a la expresión. ¡Ah, qué palabra sin sentido! Tras esa enorme amplitud de simple sonido atrincheramos nuestra ignorancia de casi todo lo espiritual. ¡La expresión de los ojos de Ligeia! ¡La cantidad de horas que he reflexionado sobre ella! ¡Cómo luché durante más de una noche de verano por comprenderla! ¿Qué era ese algo más profundo que el pozo de Demócrito que se escondía en las pupilas de mi amada? ¿Qué era? La pasión por descubrirlo me obsesionaba. ¡Esos ojos! ¡Esos iris enormes, brillantes, sublimes se convirtieron para mí en las estrellas gemelas de Leda y yo para ellos en el más fiel de los astrólogos!

Entre las muchas anomalías incomprendibles que presenta el estudio de la mente humana no existe nada más apasionante que el hecho —al que nunca han prestado atención en las escuelas, según creo— de que, en nuestro esfuerzo por recuperar la memoria de algo que olvidamos hace tiempo, a menudo nos encontramos a punto de recordar sin ser capaces, al final, de hacerlo.

De la misma forma, ¡cuántas veces, en mi intenso examen de los ojos de Ligeia, he sentido que me acercaba al conocimiento absoluto de su expresión —lo sentía aproximarse sin llegar a ser



mío—, para perderlo por completo! Y en los objetos más comunes del universo (el misterio más extraño de todos!) encontré un grupo de semejanzas con dicha expresión. Quiero decir que, tras el período en el que la belleza de Ligeia se introdujo en mi alma, morando en ella como en un relicario, muchas de las entidades del mundo material me provocaban un sentimiento similar al que siempre despertaban en mí sus iris grandes y luminosos. Sin embargo no por ello era capaz de describir, analizar o examinar con calma dicho sentimiento. Repito que lo reconocía: a veces en la apreciación del rápido crecimiento de una parra, otras en la contemplación de una polilla, una mariposa, una crisálida, un arroyo de agua cristalina. Lo he percibido en el mar, en la caída de un meteoro. Lo he sentido en las miradas de los ancianos más longevos. También al utilizar el telescopio para observar una o dos estrellas, sobre todo una de la sexta magnitud, doble y cambiante, que se encuentra cerca de la estrella grande de Lira. Me lo han provocado ciertos sonidos de los instrumentos de cuerda y algunos pasajes de determinados libros. Entre otros muchos ejemplos, recuerdo bien un párrafo de una obra de Joseph Glanvill que (quizá solo debido a su singularidad, ¿quién sabe?) siempre me inspiraba esa sensación: «Allí yace la voluntad, que no ha muerto. ¿Quién conoce los misterios de la voluntad, teniendo en cuenta su fuerza? Pues Dios no es más que una voluntad enorme capaz de impregnar todas las cosas debido a su empeño. El hombre no cede ante los ángeles, tampoco por completo ante la muerte, excepto por la fragilidad de su débil voluntad».

El paso de los años y las muchas reflexiones posteriores me

han permitido encontrar una remota conexión entre ese párrafo del moralista inglés y una parte del carácter de Ligeia. Su intensidad de pensamiento, acción o habla seguramente era resultado —o al menos indicativa— de la gigantesca voluntad que durante nuestras prolongadas relaciones no encontró otra manera de demostrar su existencia. De todas las mujeres que he conocido, ella —de apariencia tranquila, la Ligeia siempre serena—, era presa de la pasión más dura con la violencia extrema de los buitres tumultuosos. Y yo solo podía calcular dicha pasión por la dilatación milagrosa de aquellos ojos que tanto me gustaba y horrorizaba a la vez, por la melodía, modulación, claridad y placidez de su voz grave y profunda, y por la fuerza violenta de las palabras que solía pronunciar, más impactante aún debido al contraste con su forma de decirlas.

He hablado de la erudición de Ligeia: era inmensa, como nunca he visto en ninguna otra mujer. Dominaba por completo las lenguas clásicas y, hasta donde yo sabía de los idiomas modernos de Europa, nunca la vi cometer un error. En realidad, ¿se equivocó Ligeia alguna vez, aun tratándose de los temas más admirados, precisamente por impenetrables, por los académicos que alardeaban de su erudición? Resulta excepcional y emocionante que ese detalle de la forma de ser de mi esposa no haya llamado mi atención hasta ahora. He dicho que no conozco ninguna otra mujer con la erudición de Ligeia, pero ¿dónde está el hombre capaz de recorrer con éxito todos los ámbitos de la ciencia matemática, la física y la moral? Entonces no vi lo que ahora percibo con claridad: que los conocimientos de Ligeia resultaban gigan-

tescos, asombrosos; aunque sí era lo bastante consciente de su infinita supremacía como para dejarme guiar por ella, con la confianza propia de un niño, a través del caótico mundo de la investigación metafísica, a la que me dediqué activamente durante los primeros años de nuestro matrimonio. ¡Con qué sensación de triunfo, con qué intenso placer, con qué etérea esperanza recibía yo —cuando ella se inclinaba sobre mí entregada a investigaciones poco solicitadas y aún menos conocidas— el delicioso paisaje que se iba abriendo ante mí poco a poco, a lo largo de cuyo extenso sendero virgen y hermoso avanzaría yo con el tiempo hasta alcanzar la meta de una sabiduría demasiado valiosa y sublime como para no resultar prohibida!

Por eso, ¡cuán commovedora debe haber sido la pena con la que, tras varios años, contemplé cómo mis sólidas esperanzas alzaban el vuelo y se alejaban de mí! Sin Ligeia yo era como un niño ignorante que avanza a tientas. Su presencia, sus lecturas iluminaban los muchos misterios del trascendentalismo en el que estábamos inmersos. Carentes del radiante encanto de sus ojos, las letras pasaban de resultar centelleantes y doradas a parecer más grises y tristes que el plomo saturniano. Y su mirada iluminaba cada vez con menos frecuencia las páginas que yo estudiaba. Ligeia estaba enferma. Sus ojos apasionados brillaban con un resplandor demasiado espléndido, los pálidos dedos parecían de cera transparente, de esa tonalidad apropiada para la tumba, y las venas azuladas de la noble frente se hinchaban y hundían impetuosas según el flujo de las emociones más moderadas. Comprendí que iba a morir y mi alma luchó desesperada contra el lúgubre Azrael.

Para mi sorpresa, la lucha de mi vehemente esposa resultó incluso más enérgica que la mía. Su carácter adusto me había hecho creer que aceptaría la muerte sin miedo, pero no fue así. Las palabras no bastan para expresar la intensidad de su resistencia en el combate con la Sombra. Yo gemía angustiado ante tan lastimero espectáculo. Podría haberla calmado, podría haber razonado con ella, pero en la intensidad de su deseo desenfrenado por vivir, por vivir, solo por vivir, el consuelo y la razón parecían la peor de las locuras. Sin embargo, hasta el último instante, entre las peores convulsiones de su alma luchadora, no perdió la placidez externa de su apariencia. Su voz se volvió más tierna y más grave, aunque yo no quería fijarme en el significado de las palabras disparatadas que pronunciaba en un tono tan bajo. Mi cabeza daba vueltas mientras escuchaba embelesado una melodía que traspasaba lo mortal, unas suposiciones y aspiraciones a las que la mortalidad no se había enfrentado nunca.

Jamás dudé de que me amase y era consciente de que en un corazón como el suyo el amor no podía considerarse una pasión común. Pero solo en el momento de la muerte comprendí la fuerza de su afecto. Durante horas retenía mi mano y desahogaba ante mí su corazón rebosante, cuya devoción más que apasionada semejaba idolatría. ¿Cómo había merecido yo la bendición de tales confesiones? ¿Cómo había merecido la maldición de perder a mi amada en el momento en que las compartía conmigo? Pero no soporto extenderme en este tema. Solo diré que en el abandono más que femenino de Ligeia a un amor, ¡ay!, inmerecido, concedido sin ser digno de él, por fin reconocí el prin-

cipio de su fuerte y apasionado deseo por esa vida que tan rápido huía de ella. Es ese anhelo violento, esa ávida vehemencia del deseo por la vida, solo por la vida, lo que soy incapaz de describir, lo que no consigo expresar.

Al mediodía de la noche en la que se fue, me llamó imperiosamente a su lado y me pidió que repitiera ciertos versos que ella misma había compuesto varios días antes. Obedecí. Eran estos:

¡Mirad! Es noche de estreno
después de tantos años solitarios,
un tropel de ángeles alados, cubiertos
de velos y en lágrimas ahogados,
ocupan un teatro para ver
una obra de miedos y esperanza,
mientras la orquesta susurra entrecortadamente
la música de las esferas con templanza.

Los mimos, como Dios en las alturas,
mascullan y hablan en voz baja,
volando de un lado a otro,
simples marionetas en movimiento
a las órdenes de grandes seres amorfos
que recorren incansables el decorado,
propagando con el batir de sus alas
una desdicha invisible.



¡Tal drama variopinto!
¡Nunca será olvidado!
Con su fantasma perseguido eternamente
por una multitud que no logra atraparlo,
cerrando un círculo que siempre
vuelve al lugar de origen.
En la esencia de la trama hay locura
y aún más pecado y espanto.

Pero, entre el movimiento de los mimos,
ved cómo algo que se arrastra llega.
Algo rojo como la sangre, que retorciéndose
se adentra en la soledad de los decorados.
¡Se retuerce! ¡Se retuerce! Entre espasmos de dolor
los mimos se convierten en su alimento,
y los serafines lloran al ver los colmillos del gusano
empapados de sangre humana.

Las luces se apagan ¡todas!
y sobre cada forma que tiembla
cae el telón cual paño mortuorio
con la fuerza de una tormenta,
y los ángeles, pálidos y macilentos,
se levantan, se quitan los velos y afirman
que la tragedia se titula *Humanidad*
y el Gusano Victorioso es su protagonista.

—¡Dios mío! —casi gritó Ligeia, poniéndose de pie y levantando los brazos con un movimiento espasmódico al terminar yo de recitar esas líneas—. ¡Dios mío! ¡Padre Santísimo! ¿Ha de ser siempre así? ¿No será posible vencer por una vez a ese Victorioso? ¿No somos parte integrante de ti, que conoces los misterios de la voluntad y de su fuerza? El hombre no cede ante los ángeles, tampoco por completo ante la muerte, excepto por la fragilidad de su débil voluntad.

Entonces, como si la emoción la hubiese agotado, dejó caer sus pálidos brazos y regresó a su lecho de muerte. Más tarde, ya entre sus últimos suspiros, se oyó un ligero murmullo. Me incliné hacia sus labios y distinguí de nuevo el final del texto de Glanvill: «El hombre no cede ante los ángeles, tampoco por completo ante la muerte, excepto por la fragilidad de su débil voluntad».

Ligeia murió. Y yo, totalmente destrozado de dolor, no pude soportar la solitaria desolación de mi morada en aquella ciudad oscura y decadente, próxima al Rin. No carecía de lo que el mundo llama riqueza. Ligeia me había aportado mucha más de la que suele disfrutar el común de los mortales. Al cabo de unos meses, harto de deambular sin rumbo, adquirí y reparé una abadía —cuyo nombre no diré— en una de las zonas más desiertas y menos frecuentadas de la bella Inglaterra. La sombría y deprimente grandiosidad del edificio, el aspecto casi salvaje del entorno y los muchos recuerdos melancólicos y ancestrales relacionados con ambos concordaban con la sensación de total abandono que me había llevado hasta aquella región remota y aislada del país. Aunque el aspecto externo de la abadía, recubierta

de vegetación en decadencia, cambió muy poco, con perversidad infantil y tal vez con la leve esperanza de aliviar mi dolor cedí al deseo de desplegar en su interior una magnificencia regia. Ya desde niño me habían gustado esas extravagancias que la aflicción me llevó a recuperar. ¡Ay, cuánta locura incipiente podrían esconder las impresionantes y disparatadas tapicerías, las solemnes tallas egipcias, las cornisas y muebles extravagantes y los dibujos lunáticos de las alfombras hechas con hilo de oro! Me había convertido en esclavo de las obligaciones impuestas por el opio y mis tareas y órdenes habían tomado el colorido de mis sueños. Pero no debo detenerme a contar dichas aberraciones. Solo quiero hablar de ese aposento, maldito para siempre, al que en un momento de enajenación mental llevé desde el altar para ser mi esposa, para ser la sucesora de la nunca olvidada Ligeia, a esa mujer rubia y de ojos azules, Lady Rowena Trevanion, de Tremaine.

No hay ni un solo aspecto arquitectónico o decorativo de aquel aposento nupcial que no recuerde ahora a la perfección. ¿Dónde estaban las almas de los arrogantes familiares de la novia cuando, debido a su sed de oro, permitieron a una doncella e hija tan querida cruzar el umbral de una estancia así engalanada? Ya he dicho que recuerdo minuciosamente los detalles del aposento, aunque suelo olvidar asuntos de mucha importancia y en aquel formidable alarde de objetos no existía sistema ni armonía capaz de dominar la memoria. La habitación se encontraba en lo alto de un torreón de la abadía almenada, era de forma pentagonal y muy espaciosa. Toda la cara sur del pentágono la cubría la úni-

ca ventana de la estancia, una inmensa lámina de cristal veneziano, hecha de una sola pieza y de tonalidad plúmbea, de manera que tanto los rayos del sol como los de la luna al atravesarla aportaban un brillo cadavérico a los objetos de la estancia. Cubriendo la parte superior de la enorme ventana se extendía una parra vieja que trepaba por las paredes macizas del torreón. El techo, de roble oscuro y lúgubre, resultaba elevado y abovedado en exceso, y estaba profusamente adornado con los ejemplos más descabellados y grotescos de divisas que tanto podían ser druídicas como góticas. Del hueco central de tan deprimente bóveda colgaba, de una única cadena de oro de grandes eslabones, un enorme incensario del mismo metal, de estilo sarraceno y con muchos orificios, situados de forma que por ellos entrara y saliera, retorciéndose y como dotados con la vitalidad de una serpiente, una sucesión continua de fuegos de varios colores. En distintos puntos se veían otomanas y candelabros de oro de factura oriental, además del lecho nupcial, de estilo indio, bajo y de ébano macizo esculpido, con un dosel que más parecía sostener un paño mortuorio. En cada uno de los ángulos de la estancia se alzaba un gigantesco sarcófago de granito negro, procedentes de las tumbas de los reyes situadas en el valle de Luxor, con las antiguas tapas cubiertas de tallas ancestrales. Pero, ¡ay!, lo más fantástico de todo eran las cortinas y tapices. Los elevados muros de altura gigantesca, incluso desproporcionada, quedaban cubiertos de arriba abajo por los enormes pliegues de unas colgaduras inmensas, hechas con un tejido que se repetía en la alfombra del suelo, en la tapicería de las otomanas, en la colcha y el dosel de

la cama de ébano y en las espléndidas volutas de las cortinas que cubrían en parte la ventana. Se trataba del más fino paño de oro. A intervalos irregulares lo salpicaban arabescos de unos treinta centímetros de diámetro, labrados sobre el tejido en el negro azañache más oscuro. Pero dichos estampados participaban de la verdadera naturaleza del arabesco solo cuando se los miraba desde un punto de vista concreto. Cambiaban de apariencia mediante una estratagema que ahora resulta común y cuyo origen se remonta a un período muy remoto de la antigüedad. Para quien entraaba en la estancia presentaban el aspecto de simples monstruosidades, pero al avanzar esa sensación se desvanecía poco a poco y, paso a paso, según el visitante cambiaba de lugar, se iba viendo rodeado por una sucesión interminable de formas horribles, como las que pertenecen a las supersticiones normandas o surgen durante el sueño culpable del monje. El efecto fantasmagórico se veía intensificado por la introducción artificial de una fuerte y continua corriente de aire por detrás de las colgaduras, que aportaba una vivacidad espantosa e inquietante al conjunto.

En semejante estancia, en semejante cámara nupcial, pasé con la dama de Tremaine las horas impías del primer mes de nuestro matrimonio y las pasé sin demasiada inquietud. Me resultaba imposible no percibir que a mi esposa le provocaba pavor la devastadora volubilidad de mi temperamento, que me rehuía y me amaba poco, pero eso me producía más placer que otra cosa. La aborrecía con un odio más propio del diablo que del hombre. Mi memoria regresaba (¡con cuánta tristeza!) a Ligeia la amada, la augusta, la hermosa, la sepultada. Me deleitaba

